

# La décima comprometida en el Sotavento veracruzano. Un recorrido desde la Revolución hasta nuestros días

RICARDO PÉREZ MONTFORT  
CIESAS, México

*Uno de los aspectos más ricos de la creación poético-musical veracruzana se encuentra en las décimas de crítica política. Este trabajo es continuación de otro, del mismo autor, referente al siglo XIX y primeras dos décadas del XX; recorre la producción decimera desde 1920 hasta el fin del siglo, exponiendo las circunstancias sociales y políticas en que fue surgiendo y sus diferentes avatares; habla de sus principales temas, de sus modos de difusión, de sus autores, y reproduce gran número de textos procedentes de muchas fuentes de difícil acceso.*

## Introducción

En 1969 apareció en México el volumen 6 de los discos que por ese tiempo editaba el Instituto Nacional de Antropología e Historia con música folclórica mexicana grabada y anotada por Arturo Warman e Irene Vázquez Valle. Ese disco contenía composiciones de música de Veracruz recogidas en Santiago Tuxtla, Boca del Río, San Juan Evangelista y Otatitlan. Pero lo que destacaba entre esos ejemplos fonográficos eran las ahora famosas décimas de Arcadio Hidalgo, interpretadas por el antropólogo Antonio García de León.

Acompañada por el rasgueo en tono menor del son *El fandanguito*, una de las décimas decía:

Yo me llamo Arcadio Hidalgo,  
soy de nación campesino,  
por eso es mi canto fino  
potro sobre el que cabalgo.

Hoy quiero decirles algo,  
bien reventado este son,  
quiero decir con razón  
la injusticia que padezco  
y que es la que no merezco  
causa de la explotación...

Como diría Juan Pascoe años más tarde, tanto Antonio como Arcadio llamaron inmediatamente la atención: "...el viejo por su extraordinaria voz y el joven por la complicada musicalidad de su muñequero y por el contenido político-amoroso-poético, moderno y antiguo, de su versada"<sup>1</sup> (Pascoe, 1996: 11). A partir de entonces, primero lentamente pero después con bastante solidez y hasta con prisa, el quehacer sonero de los veracruzanos se ha visto revalorado y refuncionalizado, al grado de que ya puede darse cuenta hoy de "un movimiento jaranero" que marcha con una salud envidiable hacia derroteros por demás amables y creativos.

La versada de este movimiento también se ha visto fortalecida, y esto ya no es noticia, precisamente porque ha sabido recuperar mucha sabiduría del pasado y del presente, tanto en cuestión formal como en la temática. La copla clásica de la cuarteta, las quintillas, las sextillas, las octetas y las décimas tienen en este movimiento un caudal inmenso, que corre en muchas direcciones. El quehacer decimero jarocho se ha vigorizado en medio de este movimiento; y últimamente, sobre todo las décimas de denuncia o de crítica de índole política han adquirido una fuerza notable. A estas décimas las hemos llamado "comprometidas", tal como lo fueron en su momento las décimas de Arcadio Hidalgo, cantadas por Toño García de León.

El presente trabajo intenta dar fe de la continuidad de las décimas comprometidas en el territorio veracruzano desde fines del período revolucionario hasta nuestros días. En otra parte ya se expuso la trayectoria de la décima sotaventina a lo largo del siglo XIX (Pérez Montfort, 1998:

---

<sup>1</sup> El término *versada* se aplica al repertorio poético de un creador popular (*versador*) o, por extensión, de una comunidad o de un movimiento. También puede designar el quehacer poético mismo de los versadores. (N. de la R.)

21-31), y a continuación se intenta dar un esbozo de lo que sucedió en la siguiente centuria.

## I

El fin oficial de la Revolución mexicana que se dio entre 1917 y 1920, lejos de traer la pacificación y la concordia, mantuvo los caudales populares agitados en buena parte del país. La ambición de los poderosos, tanto extranjeros como locales, no parecía darse cuenta de la gravedad de la situación, que llevó a pueblos enteros a rebelarse hacia poco más de un lustro. A su vez, quienes pretendían reivindicaciones agrarias y sociales habían desencadenado una ola de efervescencia en diversas localidades del territorio nacional. El estado de Veracruz vivió en aquella década de los años veinte en una agitación permanente.

En la costa del Golfo se encontraban riquezas del subsuelo —principalmente petróleo— muy codiciadas por intereses estadounidenses y europeos, y el puerto de Veracruz seguía siendo la puerta de entrada y salida del territorio nacional de influencias culturales, pero sobre todo de bienes comerciales y divisas, que significaban recursos muy importantes en las cuentas de las autoridades centrales.

La necesidad de defender la integridad territorial se percibió en el ambiente sotaventino hasta muy avanzada la década de los años veinte, como respuesta al intervencionismo estadounidense que propició la invasión a Veracruz en 1914, pero también como rechazo a la poca popularidad de los gobiernos constitucionalistas que arribaron al estado después de 1915. Los años veinte significaron por ello un afán de reconstrucción dirigido por figuras revolucionarias que interpretaban de manera muy directa el quehacer y las aspiraciones populares. En Veracruz —diría un historiador local de los años veinte— “por su trayectoria histórica y sus condiciones sociales, ese quehacer se orientó a la consecución de las demandas de la Revolución, emergiendo un vasto conjunto de dirigentes que eran la expresión más acabada de la clase subalterna” (Reyna Muñoz, 1996: 26).

El espíritu de la organización se fue metiendo en el ánimo de los jarcos, y poco a poco surgieron uniones y ligas que enarbolaron los

intereses de las mayorías campesinas. Apelando a la figura histórica de Miguel Hidalgo, unas décimas recopiladas en San Juan Evangelista, cuya autoría parece corresponder a Victoriano F. Rinza, expresan la preocupación de los pobladores de la zona en aquellos años:

¡Oh, Hidalgo, padre querido!,  
¿que harías si a tu patria vieras?  
¡Al sepulcro te volvieras,  
de vergüenza enrojecido!  
Viendo lo que ha sucedido  
y lo que está sucediendo,  
descansa, sigue durmiendo  
en tu eterna y santa paz,  
mientras aquí, más y más,  
siga la sangre corriendo.

Debemos formar unión  
en liga fraternizada:  
la patria está amenazada  
de próxima intervención.  
Defendamos la nación  
aunque venga el mundo entero,  
porque yo mejor prefiero  
luchando perder la vida  
y no ver mi patria querida  
en poder del extranjero.

(Tadeo Rinza, 1993:12-13.)

Además de la defensa de la soberanía nacional, el agrarismo se convirtió en asunto relevantísimo en el Veracruz de los años 20. Los repartos, las ligas agrarias, los líderes campesinos se convirtieron en temas de acción y discusión en prácticamente todo el territorio. Los terratenientes afectados y muchos líderes de las derechas vieron con recelo este auge del agrarismo que agitó el quehacer político de la región. Figuras como el coronel Adalberto Tejeda o Úrsulo Galván se convirtieron en abanderados de las organizaciones campesinas, mientras que Guadalupe Sánchez, Higinio Aguilar o Gaudencia de la Llave se plegaron a los intereses de los grandes

hacendados y comerciantes. No fueron pocas las expresiones populares en pro y en contra de tal o cual proyecto estatal. En materia de décimas, los intereses de los afectados por el agrarismo produjeron décimas de cuarteta obligada como la siguiente:

Ese partido tirano  
que se nombra el agrarismo  
quiere hundir en el abismo  
a este pueblo mexicano.

Hay mucho flojo malvado  
que quiere tener terreno,  
ahi que se los dé el gobierno  
sin que les cueste un centavo;  
les van a dar por el rabo  
terreno, escritura y plano;  
todito buen ciudadano  
creo que tendrá que poner  
lentes para poder ver  
*ese partido tirano.*

El indio, el burro y el cerdo  
dicen que van a votar  
a la mesa electoral  
por el disco rojo y negro;  
lo tres caminan de acuerdo:  
el pensamiento es el mismo;  
todos con igual cinismo,  
y a ninguno le da pena  
elegir el mismo lema  
*que se llama el agrarismo.*

Tejeda incendió la tea:  
sin duda es mal elemento,  
por dar su consentimiento  
en fomentar esa idea;  
pero el tonto que se crea  
se quiere engañar él mismo:

fue hasta de balde el bautismo  
y la señal en la frente,  
si el crédito para siempre  
*quiere hundir en el abismo.*

Un gobierno constituido  
no permitirá esos males:  
las leyes fundamentales  
no debe echar al olvido;  
será bien reconocido  
para ejecutar de plano,  
con las riendas en la mano,  
a ver si acaso domina,  
para librar de la ruina  
*a este pueblo mexicano.*

(Mendoza, 1957: 226.)

Aquellos que sí creían en el agrarismo y en el reparto de tierras también produjeron sus décimas y canciones. Fundamentándose en la necesidad de que la injusticia del sistema social imperante terminara y apelando al caudillo agrarista por excelencia, Emiliano Zapata, un par de décimas acompañaron las reivindicaciones de los campesinos veracruzanos de fines de los años veinte y treinta. Estas décimas incluso trascendieron las fronteras veracruzanas y llegaron a formar parte de los corridos y los himnos que se cantaban en la reuniones de las ligas agraristas por todo el país. Antes de cantar el famoso *Corrido de los agraristas*, se podían escuchar los siguientes versos recitados:

Si a alguna fonda o café  
se presenta un arracado,  
luego sale cualquier criado  
diciendo: “Espérese usted”;  
pero si un rico fue  
quien pidió plato o licor,  
dice: “Mande usted, señor,  
¿qué se le ofrece?”  
Porque en este comedor  
siempre el pobre desmerece.

En tiempos del porfirismo  
surgió Zapata en Morelos,  
luchando por los anhelos  
del pueblo y del agrarismo;  
“libertad, trabajo y tierra”  
fue el grito de rebelión;  
fuimos con él a la guerra,  
pero fue muerto a traición.  
Zapata, tu nombre encierra  
un himno de redención.

(Cortázar y Barcelata, Disco Víctor 75213.)

Durante la década de los años treinta el reparto agrario se intensificó, y rápidamente se fue extendiendo una conciencia de que los trabajadores campesinos y el proletariado urbano formaban parte de una misma fuerza popular. Los discursos se inclinaron con una fuerte carga ideológica a la izquierda, y la décima comprometida adquirió el sabor de un canto de combate.

La décima de aquella época, sin embargo, no sólo trató el tema de la revolución campesina y proletaria con la solemnidad y la rigidez característicos de las posiciones combativas. Algunos elementos de aquella modernidad también fueron tomados un tanto a la ligera, sin por ello dejar de subrayar la seriedad del asunto. Entre jornaleros que trabajaron en los ingenios sotaventinos hacia fines de los años treinta fue posible recopilar la siguiente “décima”, que, por cierto, ya incorpora algunos modismos más urbanos que rurales:

Dichosos los que no tienen  
la exigencia del jornal  
y la pasan mesmamente  
como zángano en panal.  
Pero ya llegará la hora  
que los agarre el camión  
y, haciéndoles la malora,  
dirán por quienes trabajan:

"también los de arriba bajan,  
como dice la canción..."

(González Carrasco, 1939: 41.)

Sin embargo, pasados los años treinta y una vez iniciados los cuarenta, una paulatina desilusión se fue adueñando de quienes habían fincado sus esperanzas en una mejoría. Las reivindicaciones revolucionarias se quedaron en promesas, y la palabra de jefes políticos, gobernadores y presidentes no pudo convencer a los pobladores de la Cuenca del Papaloapan de que, si confiaban en ellos, podrían salir adelante. La Segunda Guerra Mundial fue particularmente nociva para el campesino y el obrero veracruzanos. Al cerrarse el puerto de Veracruz, las actividades económicas disminuyeron y la pobreza aumentó sus rondas por las llanuras sotaventinas. La posibilidad de una intervención estadounidense o europea ensombreció aún más los ánimos, que en décima ejercían la crítica a partir de la siguiente cuarteta:

En México la rudeza  
nos ha servido de espanto:  
¡quién espera un adelanto  
con tantas malas cabezas!

De mil novecientos diez  
hasta la fecha presente  
se ha contrariado a la gente  
y puesto el mundo al revés;  
ninguno toma interés  
en la patria y su grandeza:  
si uno termina, otro empieza  
a formar sus batallones,  
y esto es lo que descompone  
*en México la rudeza.*

Como lucha la conciencia  
con la virtud que se bate,  
se forman fuertes combates,  
hasta perder la existencia.

No es orgullo, no es demencia  
que al verle cause quebranto:  
es la causa que entretanto  
a nuestra patria querida,  
[que] hoy se encuentra abatida,  
*nos ha servido de espanto.*

Hombres de capacidad  
que podrían componer algo  
ya no se acuerdan que Hidalgo  
dio el grito de libertad.  
Se ha acabado la lealtad,  
la tranquilidad en el campo,  
se oyen gemidos y llantos  
por esta miseria indigna,  
y estando la patria en ruinas,  
*¡quién espera un adelanto!*

En fin, podrá suceder  
que venga una intervención:  
pues quedará la nación  
de nuevo echada a perder.  
Entonces vamos a ver  
quién nos trata con nobleza,  
porque, hablando con franqueza,  
nosotros los mexicanos  
faltamos al ser humano  
con tantas malas cabezas.

(Aguirre Tinoco, 1976: 22.)

Pero un factor regionalista hizo resurgir cierto optimismo en algunos sectores durante la segunda mitad de la década de los años cuarenta. Un veracruzano se perfiló como figura particularmente poderosa en el quehacer político nacional. Para quienes se dedicaban a la política o a asuntos empresariales, el ascenso de Miguel Alemán significó una ventaja y una oportunidad que no iban a dejar pasar. Los bailes, la comida, la música, el atuendo y hasta el hablar de los jarochos se pusieron de

moda en los ambientes urbanos. Y el amor a la patria chica, traducido en empleos esporádicos y cierto renombre, logró salpicar a varios músicos y versadores, quienes se vieron beneficiados por una súbita presencia de Veracruz en los derroteros nacionales. No sólo fue el hecho de que *La Bamba* se convirtiera en el himno oficial de la campaña electoral de 1946, incluyendo su bailar escenográfico y oropelesco, lo que consolidó la imagen estereotípica del jarocho ligada a cierto discurso político civilista y moderno. También contribuyó el uso de la vertiente lírica veracruzana, descaradamente al servicio del poder, como lo puede comprobar esta décima titulada *Veracruz a la vanguardia*, impresa en un volante del partido unificador veracruzano en el año de 1946:

Grabaré con un cincel  
en piedra de Turquestán  
con símbolo de laurel,  
que después de don Manuel  
vendrá Miguel Alemán.  
Los hechos han demostrado  
de Sonora a Yucatán:  
los hombres que han gobernado  
ninguno lo ha superado  
al licenciado Alemán.

A pesar de la falsa imagen de los jarochos alegres vestidos de blanco bailando *La Bamba* de manera espectacular y rimbombante, tal como se fue imponiendo por medios de comunicación, en kermeses escolares y en giras oficiales, la cruda realidad veracruzana afloraba a la menor provocación. Lejos estaban los ideales revolucionarios, y una desesperanza seguía surcando las líneas de la décima auténtica. Arcadio Hidalgo retrataba aquel momento así:

Ya se acabó la semilla  
que se regó en nuestro suelo.  
Mis palabras son sencillas,  
lo digo con mucho anhelo:  
ya se murió Pancho Villa,  
pero quedan sus recuerdos.

Hoy lo dice Arcadio Hidalgo,  
lástima que ya está viejo,  
que luchó buscando algo  
que se ha quedado a lo lejos.

Por la política, hermanos,  
os aquejan tantos males,  
que en el suelo hay manantiales  
de sangre de mexicanos.  
Los que nada más miramos  
decimos con voz oceána:  
“¡Oh religión republicana,  
tus hijos, ya sin decoro,  
hacia el último desdoro  
te llevan con muchas ganas”.

(Gutiérrez y Pascoe, 1985: 74 y 75.)

Y otro veracruzano que para entonces rápidamente adquiriría celebridad también criticó el progreso de unos cuantos a costa del trabajo de los demás. Se trataba de Francisco Rivera Ávila, mejor conocido como Paco Píldora, cuyas crónicas en verso pronto se convirtieron en referencias clásicas del humor, pero también del talento crítico de la versada jarocho. Radicado en el puerto de Veracruz, don Paco tuvo una enorme influencia en el quehacer lírico de la cuenca del Papaloapan. Si bien sus temas se relacionaban mucho más con la vida cotidiana del puerto, y su estilo peculiar resultaba inimitable, el compromiso de Paco Píldora con las causas populares y su acerba crítica, impresa en una versada juguetona y limpia, serviría de ejemplo para muchos versadores sotaventinos. Una primera muestra de su versada conculda con el retrato de lo que estaba sucediendo en el país y en Veracruz a principios de los años cincuenta:

El ambiente nacional  
es de angustia y desconsuelo,  
con un borrascoso cielo  
que preludia temporal.  
La producción industrial

la huelga la paraliza,  
 la solución se eterniza  
 motivando la inflación,  
 y al frenar la producción,  
 el precio sube de prisa.

No vemos la solución  
 a tanto diario problema:  
 todo se vuelve un dilema,  
 enredijo y confusión.  
 Siguen sin resolución  
 vicios, carencias y mal,  
 va arreciando el temporal,  
 sin nada resolutivo,  
 estancado e inactivo  
 el ambiente nacional.

(Rivera Ávila, 1988: 69.)

La ilusión del veracruzianismo instaurado durante los años que gobernó Miguel Alemán se precipitó en otro gran fracaso. Aquellas imágenes artificiales de alegría jarocho se fueron estancando en los ballets folclóricos, de la misma manera en que muchas riquezas nacionales fueron entregadas a intereses ajenos al país y a la región. En el poema magistral *¡Venga otro son!* de Gonzalo Beltrán Luchichí, dedicado a otro gran versador mexicano, Renato Leduc, en agosto de 1952 se podía escuchar el reclamo:

...Bamba que fuiste domeñadora  
 en la ribera y en los plantíos  
 que acurrucaste los sueños míos,  
 si no en la hamaca, en la mecedora,  
 tus requinteos suenan ahora  
 en puritanos salones fríos  
 y al darnos coba, sin alma y bríos  
 te mistifica la Embajadora.

Tal cual la patria te han entregado,  
 y con tus ritmos han disfrazado

los trece dólares de la traición,  
a ti, que has sido timbre de ingenio,  
los muy tartufos de este sexenio,  
tan maculado como un pregón.

(Aguirre Tinoco, 1976: 16.)

El asunto no era del todo inocuo, y la continuidad del modelo veracruzalista se aseguró durante los siguientes años con una particular propensión al amiguismo y a la corrupción que a los mismo veracruzanos asustaba. Paco Píldora escribió por aquella época esta célebre décima:

La justicia en Veracruz  
está peor que el trabajo,  
más escasa que la luz  
y sucia como estropajo;  
es tan sólo un espantajo,  
que ni a los tordos espanta;  
ya no la cubre esa manta  
que le llegaba a los pies:  
luce ahora su desnudez  
y un collar en la garganta.

(Rivera Ávila, 1988: 27.)

Hacia fines de los años cincuenta, sin embargo, un acontecimiento internacional cimbró el ámbito sotaventino. La Revolución cubana entusiasmó a los hombres comprometidos con un cambio social factible entonces bajo el modelo socialista que poco a poco se iba descubriendo en la isla. Entre aquellos entusiasmados hubo no pocos decimeros que dejaron testimonios como éste, de don Mariano Martínez Franco:

Hoy quisiera saludar  
con mi sombrero en la mano  
al campesino cubano  
que ha tomado su lugar,  
luchando sin desmayar

por arrancar a la tierra  
 el fruto que allá en la sierra  
 Fidel empezó sembrando  
 y que hoy está cosechando  
 después de ganar la guerra...

(Martínez Franco, 1988.)

El giro que fue tomando la Revolución cubana y su hermandad con muchos ideales vigentes entre los campesinos y troveros sotaventinos dio lugar a que muchos de éstos se identificaran con los mensajes e ideas que recibían de la isla. Después de un largo período en el que considerarse de izquierda, en particular afinidad con el socialismo y el comunismo, se había visto como un anatema, las ideas y modelos emanados de la experiencia cubana fueron abriendo los cauces de una definición propia, como ocurrió con Arcadio Hidalgo en esta décima que eventualmente se utilizaría como portada de una recopilación de su versada.

Tanto el campo he trabajado,  
 tenido buena cosecha,  
 que mi vida es satisfecha,  
 pero es trabajo cansado.  
 Mucha cosa he conservado,  
 porque las tengo a la vista,  
 que forma la grande lista,  
 y por mi modo de ser,  
 he llegado a comprender  
 que Hidalgo es un comunista.

(Gutiérrez y Pascoe, 1985: 73.)

Justo es reconocer que la décima comprometida no solamente se ocupó de los fenómenos externos. Las definiciones personales —que sin duda han sido punto de partida para el compromiso— también tocaban asuntos del espíritu. Para algunos decimeros, estos asuntos llevaban a expresiones muy intensas de desesperanza. Ejemplo de ello es ésta que Aurelio Vallados (*el Fóforo*) escribió para el prólogo del primer libro que contenía décimas de Guillermo Cházaro Lagos:

Yo en mi guitarra querida,  
que muertas dichas recuerda,  
tengo nomás una cuerda,  
ya gastada y añadida;  
bordona que, al ser herida,  
roba a mi mano el temblor  
y va diciendo: “pa pior,  
a quien comprende las notas,  
que las otras cuerdas rotas  
las ha rompido el dolor”.

(Cházaro Lagos, 1974: 9.)

## II

En esos primeros años sesenta una nueva semilla decimera empezó a germinar. Nutriéndose de muchas influencias, tanto locales como externas, la expresión sotaventina logró encauzarse en una versada vigorosa y bien plantada, que recuperaba la corrección en la escritura y especialmente su vocación discursiva. Con una clara propensión a las virtudes declamatorias, las décimas del tlacotalpeño Guillermo Cházaro Lagos fueron impactando a propios y extraños, hasta convertirse en figura obligatoria del quehacer decimero sotaventino. Reconociendo sus deudas con la versada de Paco Píldora, don Guillermo comprometió sus décimas con su tierra y con lo que él mismo llamaría la “jarocho idiosincrasia”:

Dejo en mi verso llanero  
la constancia de mi nombre;  
el ser jarocho es ser hombre  
ante un sino traicionero:  
a fuer de mi ser sincero,  
doy por mi tierra la vida.  
La Patria comprometida  
supo antaño mi mudanza:  
con mi arrojo y con mi lanza  
se mantuvo siempre erguida.

Contra cualquier invasor  
 opuse la resistencia;  
 tengo la clara conciencia  
 de ser dique del traidor.  
 Republicano de honor  
 soy juarista hasta las cachas,  
 y aunque me ponen las tachas  
 de indolente y jaranero,  
 yo nunca volteo el sombrero  
 pa ganarme las garnachas.

(Cházaro Lagos, 1974.)

El quehacer decimero sotaventino a partir de los años sesenta fue incursionando lentamente en temáticas que parecían olvidadas, pero que al refrescarse en el contenedor de las diez líneas octosílabas retomaban sus hilos naturales, ligando la historia con la identidad, los orígenes con el compromiso. Un asunto que reaparecería, sobre todo en la décima mayormente cultivada en los ámbitos urbanos, fue la fuerza de la vertiente negra como conformadora esencial de la cultura veracruzana. Si bien una intensa carga hispanista cubría mucho del pensamiento y la explicación originaria de los jarochos aristocráticos, no cabe duda que el reconocimiento al continente negro se debió hacer palpable a la hora de buscar un compromiso con la verdad decimera y sus raíces ancestrales. Así lo reconoció el mismo Guillermo Cházaro Lagos en estas décimas tituladas *Acerca de la negritud*, *El jarocho* y *Yanga*.

Si el tema es la negritud  
 el jarocho la mantiene,  
 que su sangre la contiene  
 al fundar la esclavitud;  
 en histórica actitud,  
 Hernán Cortés en su ingenio  
 a mediados del milenio,  
 con negros de Cabo Verde,  
 su linaje no se pierde:  
 está vivo y con ingenio.

El abuelo cimarrón,  
buscando su libertad,  
el llano fue su heredad  
y la grama su jergón;  
los ganados del patrón  
son revancha y alimento,  
pero le daba el sustento  
madre tuxtleca o mestiza,  
y en las centurias, sin prisa  
del blanco heredó el asiento.

Exalto a la negritud  
con la gesta libertaria  
varias veces centenaria  
de romper la esclavitud,  
y alcanza la excelsitud  
que el gran Yanga simboliza  
el caudillo de la liza,  
que subleva a sus hermanos  
y los hace ciudadanos  
de albor de patria insumisa.

(Cházaro Lagos, 1991: 46.)

La fortaleza de la raíz negra, sin embargo, no sólo sirvió para apelar a la grandeza originaria y patrioter. A lo largo de los años sesenta las movilizaciones en contra de las políticas racistas estadounidenses generaron una conciencia particular sobre la importancia de las culturas negras en América, y una insistencia en la igualdad racial impactó a muchos ámbitos internacionales. En México la presencia de negros en las Olimpiadas de 1968 fue celebrada por muchos, entre los que se contaba don Paco Píldora, quien se lanzó a tratar el tema de “Los niches” con las siguientes diez líneas:

Tremenda demostración  
dio la gente de piel negra,  
que en todo planeta integra  
una fuerza en explosión.

Es amenaza en acción  
 por su fibra y su coraje;  
 con su hondo aprendizaje  
 mostraron superación:  
 pa la próxima ocasión  
 no va [a] haber quien los ataje.

(Rivera Ávila, 1988: 109.)

En esa misma época, la insurgencia juvenil en muchas partes del mundo cobraba fuerza, y México no fue una excepción. Meses antes de la celebración de los juegos olímpicos, los hechos represivos suscitados en la ciudad de México y en algunas capitales de los estados mancharon de sangre las manifestaciones y protestas estudiantiles. Las persecuciones y las matanzas de aquellos momentos también quedarían inscritas en el espacio de la décima. En su *Romance del niño muerto* el poeta Ricardo Capetillo parecía abreviar en la vertiente comprometida decimera al concluir su poema con las siguientes líneas:

La madre en su triste pena  
 sigue guardando silencio,  
 mientras que la prensa oculta  
 los desmanes del gobierno.  
 Sigue esperando, esperando,  
 del estudiante el regreso,  
 aunque en sus entrañas sabe  
 que el estudiante pequeño  
 lo trituraron a golpes  
 soldados y granaderos.

(Aroche Parra, 1972: 55.)

Para muchos mexicanos el movimiento del 68 fue un parteaguas de singular relevancia. El modelo mexicano no sólo se había desgastado, sino que su fracaso —experimentado de mil maneras, tanto en campo como en ciudad— era evidente, a pesar del triunfalismo gubernamental. Para algunos no quedó más que lanzarse al cuestionamiento profundo del sistema y actuar en consecuencia. Para otros, la solución se

aparecía en el espejismo de una apertura política y económica, que empezó a perfilarse a principios de los años setenta. Sin embargo en el campo sotaventino una respuesta fue adquiriendo cada vez más significado. En voz de Antonio García de León podía escucharse la décima de Arcadio Hidalgo que resonaba y razonaba:

Yo fui a la Revolución  
a luchar por el derecho  
de sentir sobre mi pecho  
una gran satisfacción.  
Pero hoy vivo en un rincón,  
cantándole a mi amargura,  
pero con la fe segura  
y cantándole al destino,  
que es el hombre campesino  
nuestra esperanza futura...

(Gutiérrez y Pascoe, 1985: 73.)

A partir de los años setenta la vertiente profunda, al parecer dormida, del quehacer sonero y decimero empezó a llamar la atención, tanto de los medios de comunicación masiva como de los aficionados. Las versiones oficialistas y comerciales del son jarocho se encontraban en vías de desgaste, y una reorientación de las expresiones populares veracruzanas se dejó sentir en los ambientes urbanos, principalmente en la ciudad de México. Gracias a los trabajos de Antonio García de León, del Negro Ojeda, de los Folcloristas, del Conjunto de la Casa de la Cultura de Tlacotalpan y de algunos más, el son jarocho y la décima sotaventina fueron mostrando que, no solamente no estaban en desuso, sino que formaban parte de una actividad cultural muy viva, a la que sólo había que hacerle un poco de caso para que enseñara sus magníficas cualidades.

El primer impulso de lo que hoy en día se identifica como “el movimiento jaranero” se logró gracias a la combinación de una buena cantidad de iniciativas, entre las que destacan, tanto la utilización de recursos estatales, como el estímulo de tradiciones ancestrales. Quizás sin habérselo propuesto expresamente, la labor inicial de la Casa de la Cultura de Tlacotalpan, la celebración de los Encuentros de Jaraneros en

aquella misma ciudad, organizados por Radio Educación en relación con las fiestas de la Candelaria, combinados con el trabajo precursor del Grupo Mono Blanco y de sus promotores Juan Pascoe y Gilberto Gutiérrez, contribuyeron a dar continuidad a ese primer disparadero. La convocatoria fue atendida por muchos contribuyentes, que año con año se sumaban a engrosar la corriente de ese cauce. Para principios de los años ochenta, aquel movimiento ya tenía seguidores en Minatitlán y en los Tuxtlas y no tardaría en desparramarse hacia el Alto Papaloapan, por Tuxtepec y Playa Vicente. Como escribe Gilberto Gutiérrez:

En 1983 el escenario estaba listo, pero faltaba el primer actor: el fandango. A través de las pláticas con los viejos músicos y la asistencia a los fandangos monte adentro, nos dimos cuenta que el son sin el elemento percusivo del fandango es algo incompleto. El 1º de junio de ese año, con el fandango efectuado en Saltabarranca, iniciamos el proyecto de reanimar y promover los fandangos en las ciudades que lo habían tenido. Ese fue el primer fandango del proyecto y el último de Arcadio Hidalgo... (Gutiérrez, 1991: 30)

Tú no le digas a nadie  
que yo por amor he muerto;  
ponte una flor en el pecho  
con una cinta punzó.  
Luego dirás que murió  
un viejo desconocido,  
que murió dando suspiros  
y no se pudo esperar.  
Di que lo van a enterrar  
a la tumba del olvido.

(Gutiérrez y Pascoe, 1985: 83.)

Sin embargo la simiente del fandango se había revivido, y con ella resurgiría el vigoroso caudal del son y la versada. En materia de décimas, los encuentros y los fandangos estimularon sobre todo la valoración de los versos dichos y declamados, y en aquel Sotavento olvidado por las autoridades y los programas de gobierno, se fue descubriendo una vertiente de decimeros y se impulsó su crecimiento de manera inusitada. A la par de sus cultivadores consagrados, como el tlacotalpeño

Guillermo Cházaro, el tuxtleño Aurelio Valladares o el porteño Paco Rivera, una pléyade de aficionados a la décima afloró con una vehemencia inaudita.

Tal vez uno de los más célebres por su arraigo popular fue Constantino Blanco Ruiz, el *tío Costilla*, quien siempre tuvo a flor de piel su compromiso decimero. Si bien su obra inicial data de los años cincuenta, no fue hasta principios de los ochenta cuando conquistó un lugar privilegiado en la décima sotaventina. A mediados de los ochenta decidió acudir a los dichos populares para componer su espléndida colección de *Refraanes de mi trova llanera*, uno de cuyos ejemplares comprometidos dice:

El poderoso ha querido  
con el humilde acabar,  
queriéndole despojar  
lo poco que ha conseguido.  
Para verlo más jodido  
y a sus plantas doblegado,  
se debe tener cuidado  
y tomarlo muy en cuenta,  
porque la pita revienta  
siempre por lo más delgado.

(Blanco Ruiz, 1996b: 41.)

### III

Hacia fines de los ochenta, sin embargo, los ánimos sotaventinos se volvieron a caldear, muy a la par de lo que sucedía en toda la República. La sensación de un gigantesco fraude a nivel nacional, precedida por una movilización ciudadana opositora, con antecedentes fincados en la revivificación de la memoria campesina agrarista experimentada durante los años treinta del presente siglo, despertó las corrientes telúricas de la organización popular, que por enésima ocasión recuperó el optimismo. La posibilidad de triunfar legítimamente en contra del partido oficial, a pesar del inocultable apoyo financiero del gobierno saliente, se perfiló en el horizonte. Esto llevó a algunos activistas sotaventinos a encauzar su lucha por la única vía más o menos segura: la filiación partidaria.

En 1988 los militantes del Partido Popular Socialista y del llamado Frente Democrático, postularon a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la presidencia de la República, y algunas personalidades locales sotaventinas se convirtieron en aspirantes a ocupar la representación popular, enarbolando los principios de la oposición. Esto los enfrentó con los abanderados del Partido Revolucionario Institucional, que no sólo blasonaba de ser el partido veracruzano oficial por antonomasia, sino que acumulaba en su haber una trayectoria de corrupción y oportunismo, combinada con una amplia responsabilidad en las recurrentes crisis locales y nacionales. Y he aquí que en Tlacotalpan esas luchas electorales adquirieron forma “decimal”. Los partidarios del PRI se adjudicaron el triunfo y, en décimas, se burlaron de los líderes de la oposición —destacaron entre ellos dos mujeres: María Cobos y Claudia Candal— que pretendieron seguir el ejemplo, que cundió a nivel nacional, de protestar por el fraude tomando el Palacio Municipal. La arrogancia de los representantes priístas se mostró con gran vehemencia en las siguientes décimas, que circularon después de la jornada electoral:

No pudo la oposición  
vencer nuestro partidazo,  
ni apuntar con el dedazo  
que quería la religión.  
Porque nuestra población,  
con madurez y sentido,  
votó por nuestro partido,  
y el triunfo (¿qué les parece?)  
barrió con el PPS  
y todos los resentidos.

Al pueblo ya perfilaban,  
con sus corrientes e ideas,  
que serían la panacea  
si las viejas gobernaban,  
y si sus huestes ganaban,  
todos seríamos iguales,  
remozarían los portales,  
ganaríamos gran altura:

todo con María Cultura  
y con Claudia Cardinale.

Una gordeta, otra sucia,  
al pueblo adoctrinaban,  
día y noche pregonaban  
con la doctrina de Rusia;  
pero les faltó astucia,  
su intención fue fracasada,  
pero la gente avezada  
así pudo percatarse,  
que una anda sin bañarse  
y la otra desarreglada.

Sonaron las campanadas  
a las diez de la mañana;  
les hacían falta campanas  
para que fueran sonadas.  
Alicia las atizaba  
para invadir el espacio,  
y nuestro pueblo reacio  
nomás paraba la oreja.  
Quedaron como pendejas  
en la toma de Palacio.

Las ofensas calaron hondo en el ánimo tlacotalpeño, y la confrontación dividió a los pobladores de la rívera de la Papaloapan. Sobre todo el hecho de atacar el honor de algunas damas molestó profundamente a quienes en verso decidieron participar con su propia manifestación versística, que por cierto fue bastante copiosa. En materia decimera, la respuesta de las aludidas fue a cual más elocuente y agresiva. Después de dar a conocer las décimas anteriores, las siguientes fueron distribuidas en volantes que se deslizaban misteriosamente de madrugada por debajo de las puertas y los mosquiteros tlacotalpeños. El tono ofensivo refleja el nivel de frustración que los opositores sintieron después de animarse a participar en una contienda en la que vieron la posibilidad de un cambio. Aun así quizá no se justifique del todo el llevar al fango el nombre de aquellas

autoridades que dieron luz verde a la primera provocación decimera. En fin, la respuesta de los opositores fue la siguiente:

En primer lugar les digo  
que triunfó la imposición;  
el PPS ganó,  
y pongo a Dios por testigo.  
Tlacotalpan despertó  
y apoyó al mejor partido;  
las urnas que se robó  
un síndico mala gente  
en la noche, extrañamente,  
al conteo las entregó...

Rodrigo "Gilber" Gutiérrez,<sup>2</sup>  
viejo cara de camote,  
no da cuenta de quererles,  
por dártelas de padrote;  
gustando de las mujeres,  
ya no gozará placeres,  
pronto le vendrá el garrote,  
y lo van a sentenciar  
pues tendrá que regresar  
lo que se llevó a Tres Zapote.

Viva la Cuenca, señor,<sup>3</sup>  
pinche viejo desgraciao:  
presume de licenciao  
de poeta y trovador.

---

<sup>2</sup> Al llamarlo "Gilber" se hace referencia al huracán Gilberto, que años antes había asolado las costas del Caribe y el Golfo mexicanos.

<sup>3</sup> Se refiere al *leitmotiv* de un programa de radio que amenizaba el conjunto *Siquisirí* y al cual pertenecían Rodrigo Gutiérrez Castellanos y don Guillermo Cházaro Lagos. Ese programa tuvo una amplia difusión en la Cuenca del Papaloapan; incluía en su rúbrica el grito de "¡Viva la Cuenca, paisano!". Se transmitió todos los sábados durante varios años por la Radio XEFE de Cosamaloapan, Ver., desde los últimos meses de 1996.

A mí me dijo Leonor  
que con él se había acostao,  
que no se le había parao,  
porque ya está muy viejito;  
que le dio chance un ratito,  
pero no había funcionao.

El presidente municipal saliente, Rodrigo Gutiérrez Castellanos, miembro del grupo *Siquisirí*, y personaje muy conocido en la zona por su afición a la versada chusca y picaresca, así como un gran intérprete del requinto jarocho, cerró aquella controversia con unos versos dedicados de manera muy circunspecta a la mexicana expresión de *La chingada*:

El que chinga a los vecinos,  
el que roba en el gobierno,  
entonces es que yo pienso  
que ese tipo es un ladino;  
ya trae escrito su sino,  
tiene su fama ganada,  
está su culpa enmendada  
por algún que otro fracaso:  
aunque se crea chingonazo,  
es hijo de la chingada.

A partir de la segunda mitad de los años setenta, la situación del país mostró múltiples complicaciones, que desembocaron en crisis recurrentes. Conflictos entre petroleros, entre los maestros, entre los trabajadores, y, en fin, entre todo aquel que sentía la necesidad de un cambio, hicieron que se desatara el espíritu de la protesta y el compromiso. Con la tendencia a la globalización, fomentada por los gobiernos neoliberales, los problemas locales adquirirían dimensiones nacionales. Por ejemplo, una movilización estudiantil claramente ubicada en la ciudad de México a mediados de los ochenta repercutía en el quehacer decimero porteño de don Paco Píldora de la siguiente manera:

Se dice que ya en la UNAM  
la calidad se ha acabado;

todo se ha desprestigiado  
 y se hace corrupto plan.  
 Las chicas todo lo dan  
 sin obligadas presiones,  
 y en impúdicas acciones  
 todo se dejan hacer,  
 con el afán de tener  
 buenas calificaciones.

(Rivera Ávila, 1988: 157.)

Y una celebración local dedicada a festejar el aniversario de la primera dotación agraria en el estado de Veracruz era pretexto para que se lanzara la siguiente décima:

Se celebró el acto agrario  
 igual que años anteriores,  
 con iguales oradores  
 y el mismo vocabulario.  
 Dormido el campesinario  
 entre forzosas agruras,  
 presidenciales posturas  
 y maniobras militares  
 en las nubes, y en los mares,  
 exhibición de guaruras.

(Rivera Ávila, 1988: 153.)

En el ambiente festivo del fandango y el encuentro de los jaraneros, la opinión crítica y comprometida también seguía esforzándose por tener un lugar privilegiado. No en vano se luchaba porque las expresiones auténticas del pueblo jarocho se valoraran con la debida justicia y el merecido temple que dan tantos años de presencia histórica y popular. Mariano Martínez Franco secundaba la voz de los decimeros venezolanos al readaptar un llamado *llanero* de los años sesenta a la circunstancia sotaventina de los años ochenta. Decía don Mariano:

Maestro arpista, usted que afina  
 desde el tiple hasta el bordón,

y que por gran vocación  
oficia en esta tarima,  
quítame un peso de encima  
y dígame ¿qué ha pasado?,  
¿porqué hemos olvidado  
de esta tierra el gran folclor,  
que brilló con esplendor  
y hoy ha sido desplazado?

Y hoy ha sido desplazado  
por la música extranjera,  
que se escucha donde quiera  
igual que un disco rayado.  
Porque se han equivocado  
los que por ganar dinero  
importan del extranjero  
esa música estridente  
que hoy vuelve loca a la gente  
y corre como reguero.

Y corre como reguero  
hasta en esta población;  
de ahí mi preocupación,  
compañero jaranero,  
que, debiendo ser primero  
con tu jarana en la mano,  
y tratan de arrinconarte;  
pero no vas a dejarte,  
porque eres veracruzano.

Pero la décima comprometida no se ocupó solamente de los valores culturales. La crisis afectó tanto a pudientes como a miserables. Una vez más la voz de quienes hacían décimas con cierto aire culterano se unió a la palabra de quienes, por igual, padecían los estragos de un sistema que no se ajustaba a sus necesidades más básicas e inmediatas. A partir de la segunda mitad de los años ochenta fue posible advertir en encuentros de decimeros, jaraneros y fandangos sotaventinos una preocupación generalizada por lo que sucedía en la región y en el país. La décima

se pobló de preocupaciones, y la temática del día combinó el amor y las descripciones geográficas y festivas con la indignación por la falsedad de las promesas, por la inseguridad y la corrupción de las autoridades. Los siguientes ejemplos son de la autoría del ganadero sotaventino Aurelio Morales, cuya vasta e intensa obra decimera aún espera al estudioso que la quiera valorar y recopilar con detenimiento:

Caray, esto no es progreso,  
ya es exageración:  
se procede sin razón  
y todo con mucho exceso;  
la locura por los pesos  
acrecienta el contrabando;  
la honradez se está acabando  
y con el tráfico de drogas  
muchos se amarran la soga  
con el dinero soñando.

Vivimos con desconfianza  
por los asaltos constantes,  
ya no se vive como antes,  
con alegría y esperanza;  
el tiempo no nos alcanza  
para ver los noticieros,  
pues ya todo el mundo entero  
está lleno de ladrones,  
de mafiosos y matones,  
y todo por el dinero.

Asaltan los autobuses,  
roban coches, camionetas,  
impunes quedan sus tretas,  
no importa quién los acuse,  
más atracos se producen,  
y los aviones y el tren  
amenazados se ven.  
Los ladrones son modernos,  
no podemos defendernos,  
pues no sabemos de quién.

Ya entrados los años noventa la décima comprometida aumentó su presencia considerablemente en encuentros y festejos veracruzanos de toda índole. La preocupación por lo que sucedía a nivel nacional e internacional se convirtió en una realidad reflejada en los decires de los copleros y decimistas jarochos. Rara fue la reunión en la que no saltaban a flote los temas críticos y cuestionadores de lo acontecido en el llano, en la carretera o en los palacios municipales y estatales. La décima, como expresión popular, se presentó como un vehículo favorito que contenía aquello que no gustaba a los habitantes del Sotavento, o lo que les provocaba angustia o reflexión en torno de su existencia.

A principios de los noventa corrió el rumor, durante unas fiestas de la Candelaria celebradas entre vientos y lluvias frías, que la Virgen se encontraba a disgusto por los desatinos que la humanidad mostraba por la guerra en el Pérsico. Tío Costilla se presentó en aquella ocasión con las siguientes décimas que resumían de manera un tanto jocosa las preocupaciones populares del momento:

Le puse a Saddam Hussein  
un telegrama extraurgente  
en que le hago patente  
que está violando la ley.  
No hay presidente ni rey  
que sin justificación  
quiera en ninguna ocasión,  
aun con mucha jerarquía,  
violiar la soberanía  
de ninguna otra nación...

Es un tipo jaquetón,  
pendenciero y atenido;  
hasta ahora no han podido  
quitarle lo valentón;  
aunque no tiene razón,  
mucho prejuicio ha causado;  
sus misiles ha lanzado  
sin que lo detenga nada,  
porque las fuerzas aliadas  
dizque le hacen los mandados.

Sadam es gallo jugado,  
no lo atraparé cualquiera;  
habita en una tronera,  
bajo tierra custodiado.  
Como anda siempre drogado,  
no siente ninguna pena;  
le llega de Cartagena  
mariguana de la fina  
y diez gramos de cocaína  
se pone a diario en la vena...

Jamás podremos saber  
todo lo que está pasando,  
por qué siguen ocultando  
lo habido y lo por haber;  
absurdo es su proceder,  
si no existe una razón.  
Los medios de información  
carecen de seriedad:  
nunca dicen la verdad,  
es pura especulación...

(Blanco Ruiz, 1996a:8.)

Si bien la décima comprometida de los años noventa mostró su pre-ocupación por el conflictivo panorama internacional, la fidelidad a su tradición localista la orientó sobre todo hacia los problemas que el hombre del campo sotaventino padecía desde tiempo atrás. La agudización de las angustias financieras y el aumento astronómico de las deudas del hombre medio del campo afloraron, como es natural, en su expresión versaria. Don Ángel Rodríguez Muñoz, empresario campirano y agricultor masivo puso en décimas de cuarteta obligada lo que sentía un hombre como él en aquel fatídico diciembre de 1993:

Del campo la producción,  
que todo vale un comino:  
ya no encuentra el campesino  
lo mal de esta situación.

Lo que produce en el campo  
a bajo precio se vende,  
lo que muy pocos entienden,  
que mantenernos a tantos  
con trabajos de unos cuantos,  
es esto una aberración,  
y en toda nuestra región  
nomás se oyen los lamentos  
de que es muy bajo el por ciento  
del campo la producción.

No hay estímulo en los precios,  
que acaban al productor,  
y se oye con gran pavor  
lo mucho que algunos necios  
le van bajando a los precios.  
Regateen al campesino  
y lo joden con mal tino  
en el precio y la pagada;  
les importa una chingada  
que todo valga un comino.

Le ponen miles de peros  
cuando se les va a ofrecer;  
les vale madre saber  
que su ganancia sea cero  
y no les quede dinero  
ni siquiera pa'l camino,  
y con tales desatinos  
no se estimula el trabajo,  
y con todo este relajo  
ya no aguanta el campesino.

Las semillas Conasupo  
dicen que a buen precio paga,  
mas son tantos los abusos,  
que si no se ponen buzos  
les quitan hasta el calzón,

y es esta y no otra razón,  
que pocos quieran sembrar;  
mucho se oye lamentar  
lo mal de la situación.

(*Viva la Cuenca...*, 1994: 10.)

A contracorriente del discurso oficial, durante los últimos meses de 1993, cuando todo era triunfalismo e ingreso a la modernidad, como voz de la sonora ultrallanura sotaventina, la décima comprometida siguió denunciando la realidad de los pobladores fundamentales del carrizal y la montaña verde. El caporal, el cañero, el jornalero, el ejidatario y el artesano no vieron el bienestar de cerca, y una verdad aciaga de miseria y explotación, de abuso de los recursos naturales y de desprecio a sus costumbres ancestrales avanzó ineluctablemente sobre su geografía y sus tradiciones. Con el impositivo avance de una forma de ser plena de utópicas promesas, la mejoría que el sotaventino debía experimentar en carne propia significó más males de aprovechados y corruptos, que avasalladora y arrogantemente vertían suciedad en los ríos, los llanos y los caseríos. Eso parecían significar el progreso y la modernidad. La cuenca del Papaloapan se iría convirtiendo en un albañal de la industrialización y del novedoso bien vivir que el modelo del centro hegemónico fue queriendo imponerle una vez más. Sin embargo, quedaba latente una resistencia popular. Paco Píldora opinó sobre el asunto de la siguiente manera:

México y su suerte charra,  
con su falsa democracia  
y su nueva aristocracia  
de fraudes y de chatarra,  
de mariachis y guitarra  
y del campo improductivo  
de un pueblo contributivo,  
aguantador y prudente,  
a pesar de lo abstinento,  
se muestra provocativo.

(Rivera Ávila, 1988: 137.)

A fines del 93, nueve años después de la muerte de Arcadio Hidalgo, sus décimas adquirirían una presencia obligada. En voz de Toño García de León:

Un ventarrón de protesta  
soñé que se levantaba,  
y que por fin enterraba  
a este animal que se apesta,  
que grita como una bestia  
en medio de su corral,  
que nos hace tanto mal  
y nos causa gran dolor,  
nos chupa nuestro sudor  
y hay que matarla, compay...

(Gutiérrez y Pascoe, 1985: 74.)

Los primeros días de 1994 algunas partes del país se despertaron con una incierta esperanza. Algo importante había sucedido en el sur. La rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional resolvió su confusa aparición inicial en una propuesta fundamental para repensar y replantear el México contemporáneo. El impacto de la rebelión fue inmediato. Tanto así que, en las fiestas de la Candelaria de aquel año, Tío Costilla puso a consideración de los concurrentes soneros, fandangueros y decimeros su punto de vista sobre el *El conflicto chiapaneco*:

El noventa y tres se escapa,  
año nuevo viene mal,  
serio disturbio social  
en el estado de Chiapas.  
También en Cosamaloapan  
hay que guardarle un espacio,  
se torna el ambiente reacio  
el problema no es sencillo:  
habitantes de Carrillo  
tiene tomado el Palacio.

Antes que llegara enero  
en México había confianza,

y cifraba la esperanza  
en el año venidero.  
¡Qué desengaño tan fiero,  
qué crítica situación!  
Se tambalea la nación;  
al Creador hay que rogar,  
no vaya esto a terminar  
en una revolución.

(*Viva la Cuenca*, 1994: 14.)

El deterioro de la situación política y económica se agravó durante la sucesión presidencial de 1994. Los acontecimientos criminales que se llevaron la vida del obispo de Guadalajara, del candidato oficial, Luis Donaldo Colosio, y del ex cuñado del presidente, José Francisco Ruiz Massieu, empañaron la sucesión presidencial. Para colmo de males, recién estrenado el gobierno de Ernesto Zedillo, se experimentó un profundo quiebre económico, que hizo temblar las bases del régimen mexicano, de por sí debilitado por la sucesión y el recambio de cuadros. La inflación afectó a todos los niveles, y en la décima sotaventina adquirió forma y figura con el ejercicio versístico de Pino Ruiz Vásquez, que describió la situación así:

Lo más triste del caso:  
para frenar la inflación  
endeudan a la nación.  
Nuestra patria es un fracaso,  
y para salir del paso,  
explotan subiendo el IVA;  
los precios se van arriba,  
al pobre nunca le alcanza,  
ya ha perdido la confianza  
y no encuentra la salida.

Ya no le alcanza al obrero,  
y menos al campesino,  
y se le cierra el camino  
al ver que ya no hay dinero;

se oyen quejas del tendero,  
quien acaba por no fiar;  
ya no puede trabajar,  
le cobran caro el impuesto,  
y para acabar con esto,  
mejor prefiere cerrar...

La endeble situación económica del país de mediados de los noventa hasta nuestros días ha sido parte de la preocupación cotidiana, tanto de gobernantes como de gobernados. No sólo en el Sotavento veracruzano, sino en todo el país, parece persistir una sensación de incredulidad ante las autoridades y su conocido discurso de "...aquí la cosa no es tan grave". Como prueba de la preocupación popular sobre el destino económico de sus propios aconteceres vitales y, por lo tanto, del país entero, una voz sotaventina se atreve a lanzar las siguientes reflexiones:

Señores: por su atención  
las gracias les quiero dar,  
pues les voy a comentar  
el chisme de la nación.  
Con tanta devaluación,  
aunque ya es mal eterno, sólo  
vamos llegando al infierno,  
y allí vamos a quedar,  
si no se irá a superar  
este mal: nuestro gobierno...

Hombres de mucho saber  
gobiernan nuestra nación,  
pero al pueblo en su porción  
no llegan a convencer,  
pues a mi modo de ver  
gozan los de arriba;  
pero este problema estriba  
que al pobre le dan aumento:  
le suben el diez por ciento,  
cobrándole el quince de IVA...

(Yépez Uscanga, 1996: 63.)

La indignación popular, después del sexenio de Carlos Salinas y la obviedad de sus desvergüenzas, se descargó en toda clase de preguntas y agresiones que no ocultaron la frustración y el desencanto, sacando de pronto a flote sus hondas raíces. Para colmo de males, la impunidad seguía cosechando terrenos, y su mal se mostró en diversas ocasiones, particularmente en injusticias suscitadas en tierras que los jarochos decimeros han considerado fraternas desde tiempos muy lejanos. En el Sotavento la indignación por las matanzas de campesinos en Guerrero se apoderó del quehacer decimario, y miles de preguntas pudieron resumirse en la siguiente:

¿En qué iremos a parar  
si ya no existe confianza?  
Como el caso de Aguas Blancas:  
Figuroa mandó emboscar  
y sin piedad asesinar  
a la mitad del camino  
a un grupo de campesinos;  
por eso es que el pueblo apoya  
que Rubén vaya a Almoloya  
a cumplir con su destino.

Como buena expresión popular, el hallazgo de un culpable sirvió para redondear una opinión que, no porque fuese por todos bien sabida y repetida, dejó de faltar a la sabiduría natural de los hombres comunes y corrientes. Las *Calaveras*, de 1995, contenían el siguiente refrán por demás explicativo:

El pueblo está muy contento:  
se murió Carlos Salinas,  
porque allá en Lomas Taurinas  
no le harán un monumento;  
todavía se oye el lamento,  
nadie puede perdonarlo,  
muchas muertes son el saldo  
que pagará en el averno:  
responsable, al infierno  
por la muerte de Donaldo.

Aun cuando la indignación y el ya no dejarse parece poblar buena parte de las conciencias sotaventinas, hoy en día todavía queda mucho por hacer en cuanto a la reunión de una fuerza común que impida el desarrollo moderno de los cacicazgos y de la explotación antiecológica de los recursos de la cuenca del Papaloapan y sus alrededores. Cierto es que ya se recorrió un breve paso en el camino, apelando a los recursos del fandango, los sones y las décimas como armas identitarias en contra de los avances de un neoliberalismo destructor, arrogante y globalizador. Sin embargo, la fuerza de estos recursos es todavía incipiente y, aun cuando resiste de manera honrosa y digna, no cabe duda que requiere un mayor apoyo, tanto local como externo, para seguir combatiendo y para ejercer su determinación libertaria sobre su geografía y su espíritu. Si bien las voces románticas no son desdeñables, una actitud combativa requiere de mucho más que la reciente décima aparecida en el número 2 de la revista *Son del Sur*, que dice:

Todita la humanidad,  
cegada por la ambición  
de tener poder y don,  
se apartan de la verdad;  
es una monstruosidad  
vivir con tanto egoísmo,  
llegando hasta el paroxismo  
de morir sin que uno quiera,  
pues quien provoca la guerra  
no tiene amor a sí mismo

(*Son del Sur* 2, Chuchumbé, Coatzacoalcos, 1996.)

Lo que ha sucedido desde entonces seguramente tiene su expresión en décimas. Sin embargo, no parece haber perspectiva ni tiempo suficiente para darles cabida en esta exposición. De todas maneras, hay que reconocer a todos ellos, los fandangueros, los soneros, los decimistas y los entusiastas, por lo que han hecho en favor de que no se acabe este quehacer festivo crítico y popular y que siga creciendo más aún. Por lo pronto queda concluir con una décima que encamina hacia la idea que utiliza para finalizar la voz del sonero joven Patricio Hidalgo, digno heredero de las

vertientes dobles de su abuelo Arcadio Hidalgo y de la sabiduría profunda de su tío Antonio García de León, que se reúnen en la cepa crítica del son auténticamente jarocho, antiguo y contemporáneo:

Lo que hoy viene sucediendo  
 es tan sin fin y asombroso,  
 que en un gris nublar borroso  
 seguir paso me encomiendo,  
 y animoso al fin cabalgo  
 con la versada medida  
 del sabio Patricio Hidalgo,  
 dejando comprometida  
 su voz de ancestros arroyos:  
 en flor de niños cogollos  
 dan cauce a mi despedida.

El fandango es desafío  
 al mundo de represión,  
 es libertad de expresión,  
 voluntad del pueblo mío;  
 es el agua del rocío  
 sobre el zacate del llano;  
 es palo fino serrano,  
 que tiene poder y gracia  
 de ser una democracia  
 accesible al ciudadano.

(Huidobro, 1995: 152.)

### Bibliografía citada

- AGUIRRE TINOCO, Humberto, comp., 1976. *Lírica festiva de Tlacotalpan*. Tlacotalpan, Veracruz: Museo Salvador Ferrando.
- \_\_\_\_\_, 1990. "Los jarochos y sus versos refocilantes". *Tierra Adentro* 48: 33-39.
- AROCHE PARRA, Miguel, 1972. *53 poemas del 68 mexicano*. México: Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones.

- BLANCO RUIZ, Constantino, 1996a. *La trova llanera*. México: IVEC/ CRIBA/ FONCA.
- \_\_\_\_\_, 1996b. *Refranes de mi trova llanera*. Veracruz: Cuadernos de Cultura Popular, IVEC.
- CORTÁZAR, E. M. y Lorenzo BARCELATA. “Corrido del agrarista”. Interpretado por Los Trovadores Tapatíos (Luz Reyes y José Gonzalez, con A. Bribiesca). Disco Víctor 75213.
- CHÁZARO LAGOS, Guillermo, 1974. *Cantos del Papaloapan*. Estado de México: s. e.
- \_\_\_\_\_, 1991. *Como la palma del llano*. México: CRIBA, Sociedad Mexicana de Promoción Cultural.
- GONZÁLEZ CARRASCO, Aurelio, 1939. *Diálogos de Cazuela*. México: Editora México Nuevo.
- GUTIÉRREZ, Gilberto, 1991. “Una década de son jarocho”. *Horizonte. Revista del Instituto Veracruzano de Cultura* 1: 30-31.
- \_\_\_\_\_, y Juan PASCOE, comp., 1985. *La versada de Arcadio Hidalgo*. México: FCE.
- HUIDOBRO, José Alejandro, 1995. *Los fandangos y los sones. La experiencia del son jarocho*, tesis, UAM, Iztapalapa, México.
- MARTÍNEZ FRANCO, Mariano, 1988. *Décimas para Cuba campesina*, hoja suelta, impresa en Tierra Blanca, 22 agosto 1988.
- MENDOZA, Vicente T., 1957. *Glosas y décimas de México*. México: FCE.
- PASCOE, Juan, 1996. “Al pie de la Palma”. *Son del Sur* 3. Coatzacoalcos, Veracruz: Chuchumbé: 11.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo, 1998. “La décima comprometida en el Sotavento veracruzano de principios del siglo XIX a la Revolución”. *Son del Sur* 7. Jáltipan, Veracruz: Centro de Educación y Enseñanza del Son Jarocho: 21-33.
- REYNA MUÑOZ, Manuel, coord., 1996. *Actores sociales en un proceso de transformación: Veracruz en los años veinte*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.
- RIVERA ÁVILA, Francisco (Paco Píldora), 1988. *Estampillas jarochas*. Veracruz: IVEC.
- TADEO RINZA, Julia, et al., 1993. *San Juan Evangelista, Ver. Un grano de su historia*. México: Resultados del Proyecto PACMYC 91.

*Viva la Cuenca, 1994. Grupo Siquisirí, 15º Encuentro de Jaraneros, 1994.*

*Viva la Cuenca y sus troveros de Sotavento. Veracruz: IVEC, 1994.*

YÉPEZ USCANGA, Eustolio, 1996. *Historia de un guitarrazo y otras décimas.*

Veracruz: Cuadernos de Cultura Popular, IVEC.